

1000
f 787
ANT
XIX
1268/4
M. OSSORIO Y BERNARD

Col 183
MONÓLOGOS DE UN APRENSIVO

MADRID

IMPRENTA DE MORENO Y ROJAS

1887

50-4a

*A mi querido amigo Alfred Robar,
Spring Demand*

MONÓLOGOS DE UN APRENSIVO

18 cm.

R-75026



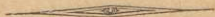
MONÓLOGOS

DE

UN APRENSIVO

POR

MANUEL OSSORIO Y BERNARD

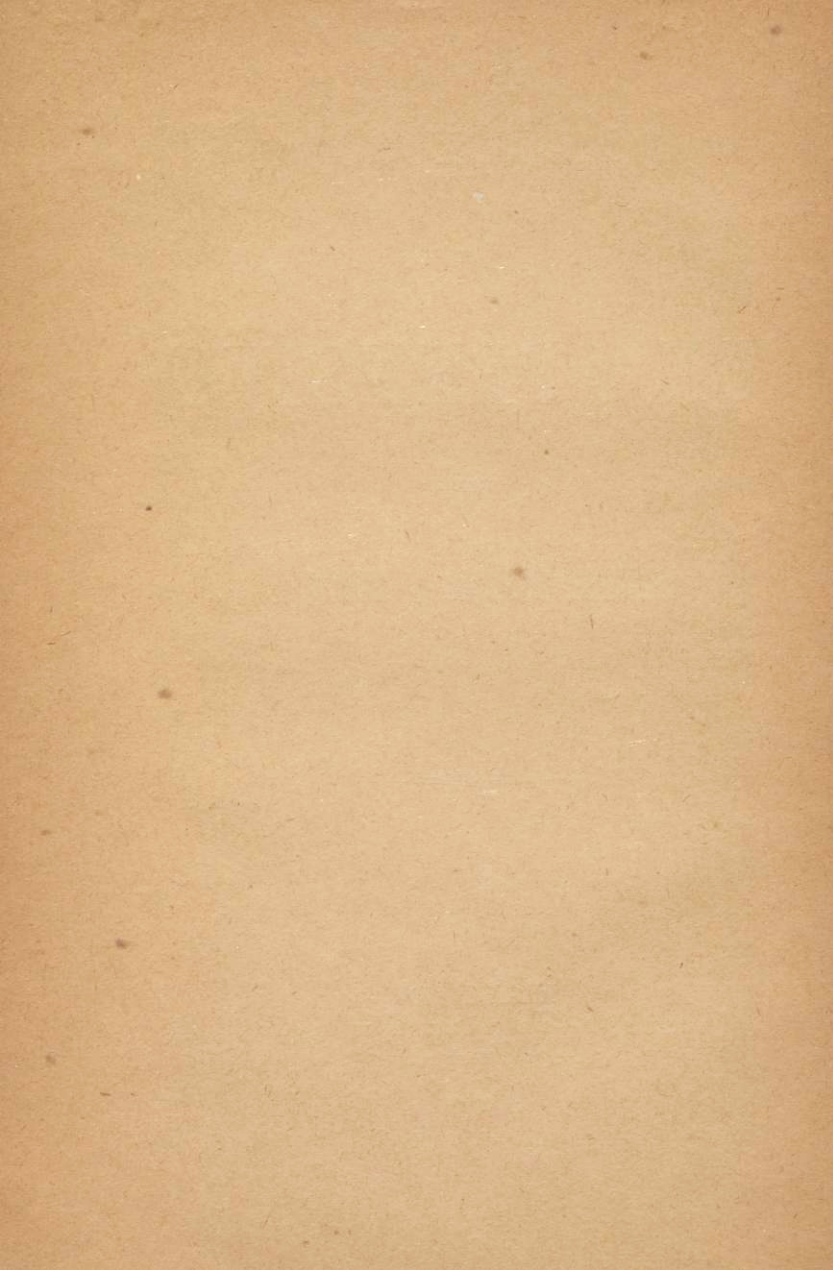


MADRID

IMPRENTA DE MORENO Y ROJAS

Isabel la Católica, núm. 10

—
1887



PRÓLOGO

Los aprensivos viven perpetuamente atormentados y atormentando á la vez á cuantos les rodean. Favorecidos en ocasiones por envidiable salud, víctimas en otras de los males que aquejan á la humanidad, lo mismo sufren en el primero que en el segundo de dichos estados.

La alteración atmosférica, el cambio de estación, la estadística sanitaria ó mortuoria, el libro de medicina que cae en sus manos, la noticia que lee en la prensa, la pregunta que en la calle le dirigen, el saludo del amigo que le encuentra más gordo ó más flaco que la última vez que le vió, todo sirve al aprensivo de pretexto para su cuidado y de motivo para su tristeza.

Pero cuando los aprensivos son verdaderamente dignos de compasión es al declararse una epidemia.

Ellos son los que analizan uno por uno los *casos* que registra la *Gaceta*, y los que persiguen con afán las causas que pudieron determinar la dolencia de los mismos. Y si de sus investigaciones resulta que el enfermo se permitió el lujo de comer una menestra ó un poco de escabeche, pueden tener la seguridad de que morirán coléricos y deshonorados.

—¡Si hay gentes que parecen locas! —exclama el aprensivo. —¡Comer escabeche y beber agua en estos tiempos!... Bien merecida tienen la enfermedad. Lo malo es que pueden contagiar á los prudentes.

Si se averigua la muerte de un individuo, dice el aprensivo:

—Siempre habrá habido contemplaciones para el aislamiento: esto no tendrá arreglo mientras no se vayan tapiando todas las puertas de las casas en que ocurre alguna defunción.

—¿Y las personas de la familia?

—Dentro de la casa tapiada hasta que se cante el *Te Deum*.

—¿Y si muere alguna otra?

—Que la entierren las demás en el patio.

El aprensivo no suele tener malos sentimientos, pero en algunos momentos lo parece.

—¿Querrá V. creer—le dicen—que ha muerto un matrimonio joven en la calle tal, quedando sola en el mundo una niña de pocos meses?

—¡Qué lástima!

—Eso dicen todos cuantos han sabido la desgracia.

—Qué lástima... que no se haya muerto también la criatura, porque ahora la recogerán y llevará la epidemia consigo.

El aprensivo lee que en un pueblo han matado á pedradas á un pobre enfermo de otra población, y casi disculpa á los asesinos; sabe que un Alcalde ha puesto en peligro de asfixia á unos viajeros teniéndoles encerrados en un fumigadero medio

día, y elogia á la autoridad, sintiendo que no haya muchas otras que se le parezcan. Él aboga por los cordones y por los lazaretos entre pueblo y pueblo y entre casa y casa, y si en su mano estuviera, levantaría murallas impenetrables por todas partes para hacer imposible la vida común.

En materia de denuncias se pasa el día dirigiendo comunicaciones á las autoridades y á los periódicos.

Una charca formada por la lluvia es desde el primer momento un peligro terrible para el vecindario; la esquina de su casa, donde ha visto acercarse un perro, queda convertida *ipso facto* en un foco de infección; las ropas de su portera (que ha estado enferma del hígado) debieran quemarse, antes hoy que mañana; y en cuanto al tendero de enfrente, á quien ha oído burlarse del uso del agua cocida, lo menos que debe hacerse con él es llevarle á la cárcel.

El aprensivo bebe el agua hervida, filtrada y con unas gotas de láudano; hace

que se le tueste el pan para que desaparezcan los microbios que tiene, según le ha enseñado el periódico *El Día*; cuela el caldo, y come sólo carne de vaca y carne de membrillo; debajo de su cama tiene varias plantas de virtud anticolérica; repartidos por los bolsillos de su traje lleva treinta ó cuarenta ajos mondados; en el pecho una bolsa con alcanfor; en el bolsillo su frasquito de láudano y su cuenta-gotas, y en la boca una pluma llena también de alcanfor, que sólo aparta de los labios para morder cada quince ó veinte minutos uno de los ajos á que queda hecha referencia.

En agosto del año de 1885, pasando por cierta calle retirada de la Corte, oí que me llamaban desde una carbonería, y vi con extrañeza dentro de ella á un conocido mío, solterón recalcitrante, notable por sus rarezas y por su aprensión.

—¿Tú ahí, en ese traje?

—Sí, amigo mío; la estadística ha demostrado que el cólera no ataca á los car-

boneros... Aquí tienes, pues, tu casa hasta que no quede recuerdo de la epidemia en Madrid.

Y cuando, riéndome de sus terrores, me alejaba de aquel sitio, mi amigo me arrojó un rollo de papeles, diciéndome:

—Si la estadística se equivocase y el carbón no me defendiera, publica estas *Memorias* mías cuando yo falte del mundo.

.....

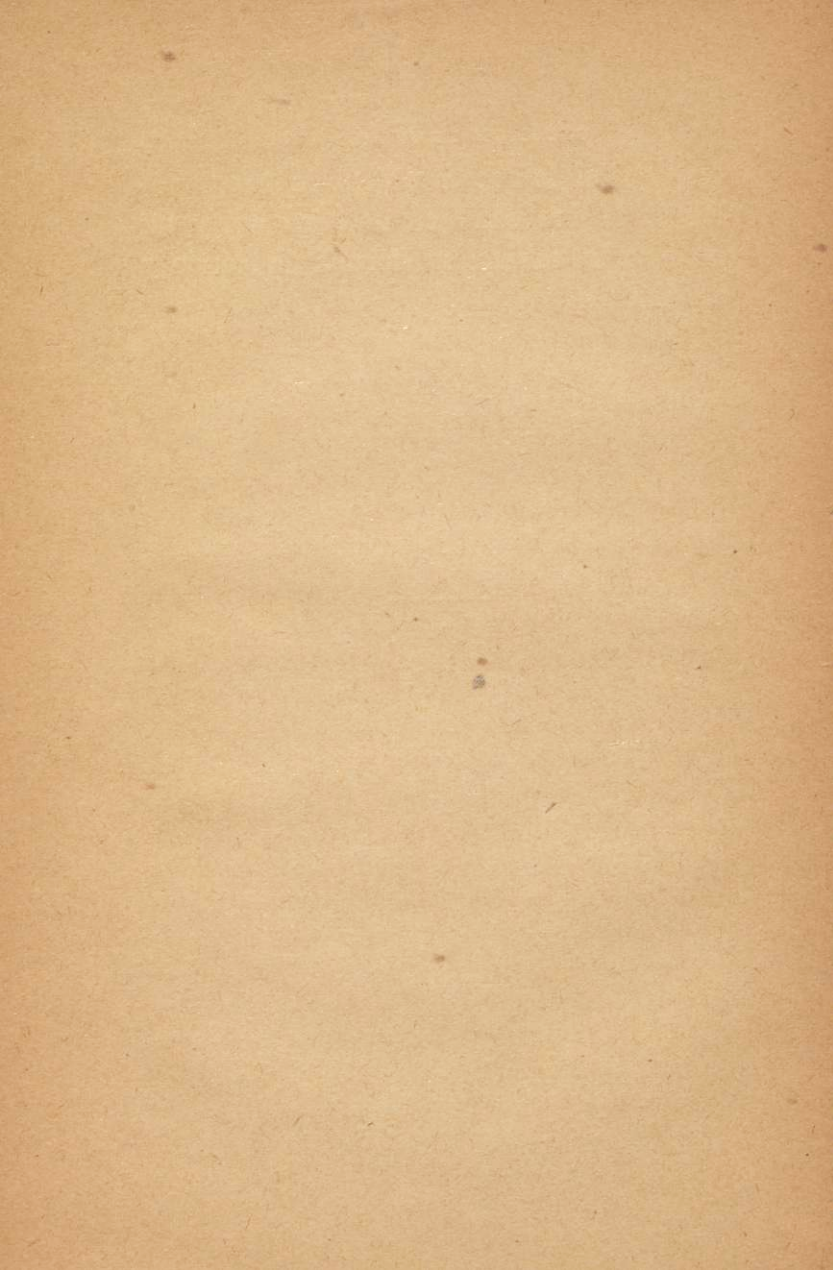
.....

.....

Mi amigo salió de la epidemia y de la carbonería; pero recientemente ha fallecido apoplético y en circunstancias que demuestran que no observaba con excesiva rigidez las prescripciones de la higiene, según dice ruborizándose su ama de llaves á todo el que quiere oirla.

He aquí ahora los manuscritos del mismo, á los que sólo me he permitido poner títulos especiales y hacerlos preceder del molesto prólogo que estais leyendo. No los doy todos á la estampa porque en ma-

terias como la que es objeto de los monólogos, la brevedad es una virtud, y mi malogrado amigo se dormía hablando y escribiendo.



I

MIASMAS CADAVERÍCOS

Decididamente habré de renunciar á la lectura de mi periódico favorito, de mi querida *Correspondencia*. Una vez me avisó haberme tocado la lotería, y la lista oficial no confirmó el anuncio; otra adelantó la muerte de mi buen amigo Ventura de la Vega, cuando afortunadamente no nos había abandonado aún. ¡Vaya V. á un hombre impresionable y nervioso con semejantes noticias!

¡Y si fuera esto solo! Pero á lo mejor sus informes tienen mayor trascendencia y resultados más funestos.

En su número de anoche, sin ir más lejos, había unos párrafos que me han impedido dormir y que durante un mes me proporcionarán nuevos insomnios y pesadillas.

¿Me habré equivocado?

Leamos de nuevo: aquí, plana segunda.
¡La cosa no tiene malicia!

* * *

«.....En Madrid se respiran los productos de la descomposición cadavérica de los que fueron nuestros conciudadanos. Muchos de los mejores cementerios se encuentran en la dirección del Norte, y las brisas periódicas del Guadarrama, cargadas de miasmas al pasar sobre ellos, viene luego á depositarlas en las casas y en los pulmones de los que aún viven, uniendo así á los elementos de sus cuerpos los restos de los elementos orgánicos de anteriores generaciones.»

Efectivamente: de algunos días á esta parte respiro con dificultad, tengo más frecuente el pulso y mayor opresión de pecho. Se conoce que me he asimilado unos cuantos difuntos.

Y el periódico, juzgando sin duda que no ha de creérsele por su sola palabra, aduce pruebas sobre pruebas. ¡Y que esta no es de las noticias que se rectifican al día siguiente como la de haberme tocado la lotería!

* * *

«Un físico español, dedicado en especial á los estudios micrográficos, ha dispuesto durante dos años placas con glicerina en los sitios más altos de diferentes casas particulares expuestas á los vientos de la dirección indicada. En otra localidad emplazó también un sencillísimo aparato de cristal, semejante al que se usa en el Mont-Souris para recoger el polvo atmosférico. Examinando luego con el microscopio, al final de cada semana, el líquido glutinoso de las pantallas, y casi todos los días las partículas retenidas en los tubos, pudo notar que estaban adheridas al primero, y se contaban entre éstas muchos productos diversos de naturaleza inorgánica; en general escasísimo número de gránulos de *clorofila* ó materia verde de las plantas, *bacterios* en proporciones muy variables y una sustancia en descomposición, bien caracterizada de orgánica, en cantidades muy pequeñas y semejante á la que se puede observar en circunstancias parecidas en la proximidad de los cadáveres en aquel estado, presentándose entonces ante nuestros ojos en pedazos más abundantes y de mayor tamaño. Las relaciones cuantitativas entre tan distintos componentes han cambiado durante la total duración de los estudios, conforme cambiaban también las influencias at-

mosféricas. La materia que llamaremos *cadavérica* imperaba de preferencia en los meses de verano y épocas calurosas...»

Efectivamente, la materia cadavérica que he debido aspirar en los meses del verano puede motivar el decaimiento de mis fuerzas y este frío que no me abandona. Porque este frío no es propio del mes de diciembre...

Pero ¿será posible que los muertos nos visiten así en partículas microscópicas? ¿Será posible que en el concierto de la vida entren tales partes de la muerte?

Un día en que me encuentre mejor y pueda hacerlo sin peligro he de estudiar lo que se ha escrito sobre la cremación de los cadáveres, por si fuera posible evitar que los cuerpos de nuestros antepasados nos hagan tan poco agradables visitas.

En este instante azota el viento los cristales de la habitación y deja en ellos, sin duda, algunos fragmentos mortuorios. ¿Habreis sido en vida ricos magnates ó harapientos mendigos? ¿Habreis constituido la belleza de una mujer á la moda, ó la espantable fealdad de una Celestina? ¿Habreis acaso formado mi encanto y sido objeto de mi amor? ¿Habreis sido parte de la virtud austera ó del osado crimen?

¡Quién lo puede averiguar! Lo evidente es

que cualquiera que sea vuestra procedencia venís de la muerte y emponzoñais la vida; que sois prófugos del lugar en que la humana soberbia creyó teneros para siempre sujetos y encadenados; que en alas de los vientos cruzais la tierra, y que os combinais con todas las materias, y penetrais en el fruto, y os aspira la economía humana en multitud de formas; que atacais á mansalva los gérmenes de la vida con vuestra destructora esencia.

¿Y cómo huir de vosotros? ¿Cómo evitar que penetreis en nuestra estancia, y nos acometais con el alimento y la bebida, y acompañeis nuestro sueño?

¡Y pensar que desde hace muchos años se viene tratando de levantar una gran Necrópolis, lejos, muy lejos de aquí! Bien sé que el mal no se remediaría en absoluto, pero esas partículas cadavéricas tardarían más tiempo en llegar, ó equivocando el camino no llegarían nunca. Y el proyecto no era irrealizable, aquí donde se consagran fuertes sumas á los paseos de coches en el Retiro, los hipódromos y las reformas urbanas, como la de la calle de Sevilla.

Pero, ¿qué importa á los ediles madrileños que los muertos despidan miasmas pestilentes y que sus partículas empolven el sediento

Manzanares, se combinan con el lodo, fecundan las plantas y se adhieran á los cristales de nuestros balcones?

¡Juana! ¡Juanita! Creí que no venías. Cierra los balcones todos y pon burletes á las junturas... ¿Qué dices? ¿Que no hace frío?... ¡Ignorante! Es para que no entren los muertos... ¿Y ahora te ríes estúpidamente? ¡Cómo se conoce que tienes la suerte de no saber leer ni discurrir, y que ignoras las adherencias del líquido glutinoso que se pega en los cristales, y la composición y descomposición de las materias orgánicas. ¡Feliz tú con tu ignorancia! ¡Feliz tú, que al percibir los malos olores del exterior no caes en la cuenta de que acaso proceden de tu abuelo ó del novio que se murió después de darte palabra formal de casamiento! ¡Feliz tú que, armada de tu escoba, levantas un polvo que puede ser de tu propia raza y engordas aspirando partículas de tus semejantes!...

Mira, Juanita, prepárame una taza de té y echa un poco de azúcar al brasero, porque me parece que percibo mal olor... ¡Quién sabe si lo producirán las partículas de mi difunto casero, que olía tan mal en vida!

II

EL HOMBRE VENENOSO

Creo, Juanita, que ya podré quitarme hoy la elástica gorda y la faja de trece vueltas. Acabo de leer que hace mucho calor, y debe de ser cierto, porque ya hemos llegado al setenta de mayo... Tráeme la ropa de entretiempo, que hoy pienso dar un paseito.

¿Te extrañan mi atrevimiento y mi buen humor? Es que hoy, afortunadamente, no me duele nada, y que he realizado un descubrimiento de la más alta importancia... ¿Cuál?... ¡Friolera!... Que no tiene nada de particular el que se muera tanta gente en Madrid, por una multitud de razones que han dado en el curso de sus debates los señores de la Sociedad de Higiene. ¡Sea todo por Dios, y que éste perdone á los sabios de las Academias sus trabajos y sus deducciones!

Es decir, á veces los trabajos de los inmortales no son completamente inútiles.

Dígalo ese M. Pasteur, de París, que me ha facilitado la explicación de un sinnúmero de fenómenos que yo venía observando sin darme cuenta clara de ellos.

Dice ese bendito varón en su informe á la Academia de Medicina, que „el hombre en ayunas debe incluirse en el número de los animales venenosos;” y la verdad es que, sin profundizar el asunto, nadie ha esperado nunca cosa buena de un hombre en ayunas.

Pero ¿cómo ha llegado á su curiosa deducción? Pues mediante una serie de no menos curiosos experimentos.

M. Pasteur, después de haber producido la muerte de algunos conejos inoculándoles la saliva de un niño atacado de hidrofobia, tuvo la ocurrencia de intentar el mismo ensayo con la saliva de un niño cualquiera.

Y el resultado correspondió á sus presunciones.

Conejo sometido á la inoculación, conejo muerto, lo cual parece debido á la presencia en la saliva de los niños de un parásito que introducido en la circulación de algunos animales produce efecto mortal.

Semejante parásito existe también en la

saliva del hombre cuando está en ayunas, y desaparece de la boca en el momento en que aquél deja de estarlo, siendo arrastrado al estómago.

Si yo fuera aficionado á ver mi nombre en letras de molde, ninguna ocasión mejor que ésta en que es aún conocido de pocas personas el descubrimiento de M. Pasteur. Remitía con un pseudónimo ó anónimamente á *El Averiguador* de mi amigo Sbarbi la pregunta de

¿Cuál es el origen de la frase "matar el gusanillo" que emplean los que beben aguardiente en ayunas?

Y en el número inmediato lanzaba al público, con mi firma, la explicación completa de M. Pasteur, con sus conejos muertos y su parásito vivo, la prueba de la inoculación y demás detalles de tan interesante asunto.

Y si todavía quisiera hacer gala de ingenio, podría divagar extensamente sobre los críticos, cuya mala lengua y venenosos conceptos son acaso debidos á que suelen estar siempre en ayunas, ó hacer consideraciones sobre el peligro de mandar á los niños á las escuelas rurales á cuyos maestros se deben treinta ó cuarenta mesadas.

... Pero ¿qué estoy pensando? ¿Cómo me atrevo á hablar ligeramente de semejantes co-

sas en vez de profundizar el asunto con la seriedad que requiere?

Efectivamente: el mal sabor de boca que tiene uno por las mañanas; el cosquilleo del paladar que provoca nuestra tos; el mal humor con que nos levantamos del lecho, son otros tantos síntomas de la existencia del parásito que nos hace ser venenosos.

¡Por eso ocurren tantos crímenes de madrugada!

Pero, señor, ¿será posible que no basten los parásitos que en el mundo nos rodean, sino que hemos de tenerlos dentro de nuestro mismo individuo y hemos de alimentarles con lo primero que tomamos todos los días?... ¡Y yo que hace un rato saboreaba con tanto gusto el chocolate, sin pensar en que lo hacía para contentar á un parásito!

Lo grave, lo terrible es que la publicidad del descubrimiento de M. Pasteur puede ser fecunda en tristes resultados... ¡Los cesantes van á concluir con los Ministros á mordiscos!... ¡No va á haber casero que pida á un inquilino el alquiler sin convidarle antes á café con tostada!

Por fortuna, *Le Figaro*, que me ha proporcionado la noticia, no ha corrido mucho, ó al menos no he visto que los diarios de Madrid se

hayan hecho cargo de tan interesante descubrimiento.

Reservaré el secreto por si tengo que reñir al cabo con mi médico. ¡Desgraciado! ¡Y él mismo me prescribe la dieta! Desconoce la existencia del parásito, ¡y me toma el pulso después de tenerme en ayunas!

En cambio, es preciso que Juanita no se esponga á ser víctima de algún momento de mal humor.

¡Mira, Juana! ¡Juanita!

Ven aquí...

Tú no sigues al día los descubrimientos de la ciencia y no quiero que tu ignorancia te pierda.

Oye... cuando esté yo en ayunas, no te acerques mucho á mí... ¿Por qué? ¡Inocente! Porque soy un animal venenoso.

.....
.....

Pero ¿qué es eso, Juanita? ¿Por qué cierras los balcones? ¿Que para que no se rompan, dices, los cristales con el viento?...

Y es verdad... ¡Mira cómo vuelan los papeles!

Nada: lo de siempre en este pícaro clima de Madrid... Ya cambió el tiempo.

Cierra, cierra los balcones herméticamente

y vuelve á traerme la elástica gorda y la faja de trece vueltas.

Pon del revés ese Almanaque americano de pared, ó quítale noventa hojas para que no mienta diciendo que estamos en julio, y... ¡prepara unas astillitas debajo de un par de troncos por si es preciso encender la chimenea!

1883.

III

LEYENDO LA PRENSA

Esto ya es otra cosa... El calor se deja sentir de una manera terrible, y desde esta noche he de acostarme con abanico para darme aire durante el sueño.

Pero ¿cómo combatir el calor durante el día?

Me consagraré á leer los periódicos del invierno último y esto me refrescará.

„En Mahón se ha encontrado una oruga monstruo en los vergeles de San Juan; causaba asombro el ver cómo devoraba las hojas de patatera.”

—¡Bah! de poco se asombran en las Baleares. Larvas y orugas hay aquí en Madrid, capaces, no ya de comerse las hojas de una patata, sino toda una cosecha.

.....

„En Barcelona un individuo fumó un ciga-

rrillo de papel y en el momento sintió un escozor en los labios, de lo cual al principio no hizo caso alguno; pero cuando al cabo de algunos días que vió el mal iba en aumento, acudió á los facultativos, siendo todo en vano, pues pasados algunos meses de padecimientos inauditos murió atacado de la enfermedad contraída sin duda á causa del papel que envolvía el expresado cigarrillo.»

—Juanita, deslía todos mis cigarros y quema todos sus papeles: desde mañana fumo en pipa.

.....
"En el pueblo de Valor (Granada) ha muerto una anciana de ciento veintiocho años..."

¡Valor se necesita para vivir tantos años!

.....
"En Javalcohel, término de Baza, ha muerto Mariano Cáceres á la edad de ciento veinticinco años. Durante su vida sólo comió arroz y patatas."

—Juanita, ¿echaste patatas al cocido? ¡Ah! ¿que sólo falta poner la sopa? Pues hazla de arroz... ¿Dices que ya la tomamos ayer? No importa: me abono al arroz á diario. Quiero ver si imito al individuo de Javalcohel.

.....
"Un ciudadano del Estado de Alabama ha

solicitado de aquella Legislatura permiso para exhibir una hija suya, niña de tres años y medio de edad, á quien la Naturaleza ha tenido el capricho de dotar de tres lenguas: una de tamaño y situación normales y otras dos más pequeñas, colocadas debajo á raíz de la primera.”

He de preguntar á Juanita si tiene también tres lenguas.

Algunas veces lo he sospechado oyéndola hablar con la portera.

.....
”En París se construyen ahora ataúdes de cristal.”

Muy cómodos. Así podrá el que los ocupe ver todo cuanto le rodea.

.....
”En la Coruña ha sido recogido cerca del cementerio un hombre enfermo y hambriento, que fué puesto á disposición de las autoridades.”

Más lógico hubiera sido darle un caldo y llevarle al hospital.

.....
”En Hazas (Santander), á consecuencia de un conflicto entre el Alcalde y el Cura, quedaba sin enterrar el cadáver de un vecino del pueblo, en vista de lo cual el Alcalde lo mandó llevar á un calabozo de la cárcel.”

Aquí no hemos llegado á tanto; sólo meten en la cárcel á los vivos... sobre todo si se parecen al inglés Malcon Graham.

.....

»M. Roberto Giffen, presidente de la sociedad de Estadística londinense, da en la *Revista Británica* un terrible alerta. Afirma positivamente que la raza humana está condenada á morir en un tiempo no lejano, no por el fuego, como predicen las Escrituras, ni por el agua, cual sucedió ya, ni por el enfriamiento de la tierra, como pretenden ciertos geólogos, sino por una causa más pavorosa que todas esas: por hambre.»

No... pues de mañana no pasa: he de comprar todas las patatas y arroz que pueda consumir desde hoy hasta que cumpla los ciento veinticinco años.

Pero ¿y Juanita? Esa puede comprar lo que necesite para el día. Así como así no conoce las opiniones de M. Roberto Giffen.

.....

.....

»El Ayuntamiento de Madrid trata de poblar de árboles las cercanías de la población, para lo cual ha dado el Alcalde una cantidad considerable de su bolsillo. A fin de realizar el pensamiento se ha nombrado una comisión,

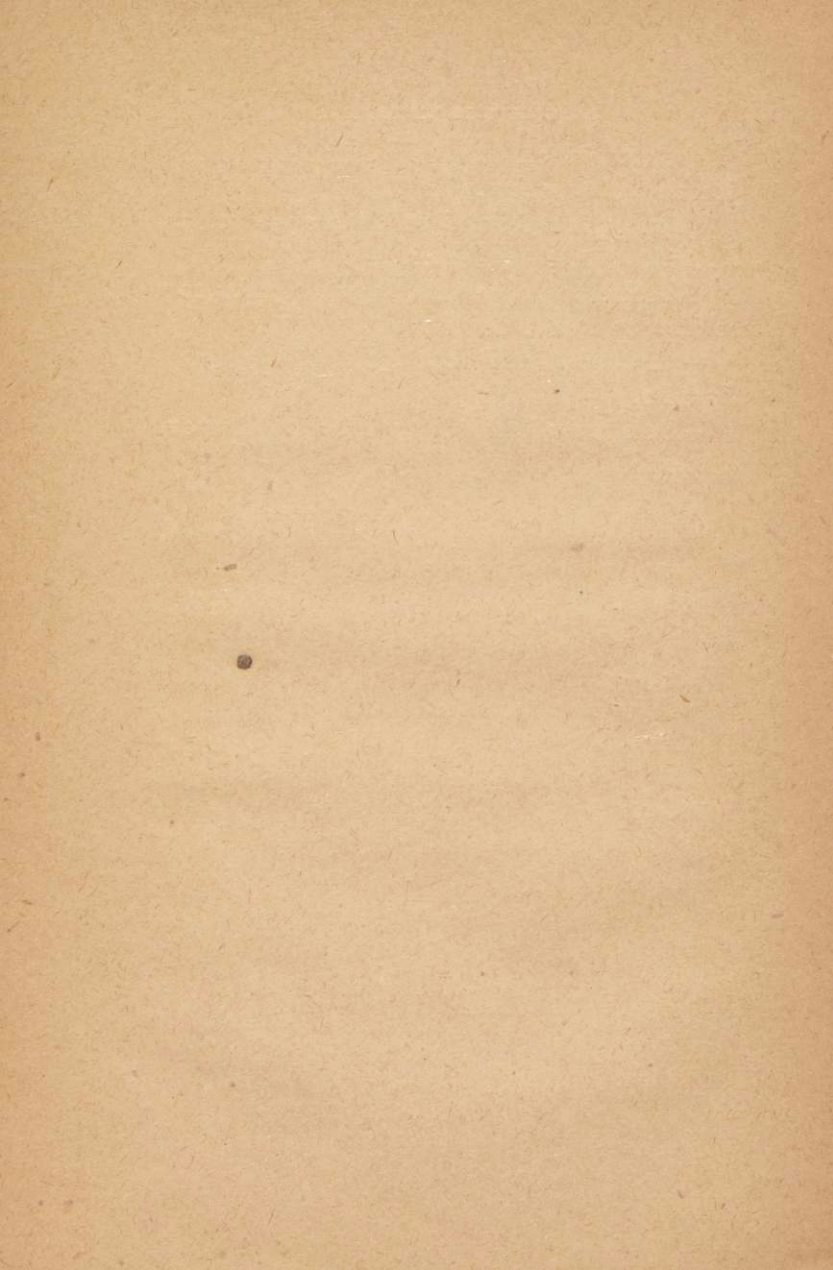
que se reunirá en octubre y estudiará detenidamente el proyecto.”

¿Con que se reunirá en *octubre* y estudiará *detenidamente* el proyecto?...

El solterón no lee más; coge el sombrero y se dispone á salir de su casa.

—¿A dónde va V. con este sol?—pregunta Juanita.

—Pues á disfrutar de la sombra del nuevo arbolado.



IV

FALSIFICACIONES

¿Quién será el burlón que, para ponerme en mayores cuidados, me ha remitido bajo sobre algunos recortes de publicaciones científicas?... No, pues de todas maneras merece mi gratitud, que ellos me han abierto los ojos sobre muchas cosas que desconocía.

¡Juanita! Mira, desde hoy no me pongas sopa de fideos. ¿Tú creerás, inocente, que le dan con azafrán ese colorido amarillo? Error, Juanita, error; hoy se emplea la crisánilina... ¿Tú no sabrás lo que es esto, verdad? Yo tampoco lo sé muy bien, pero sí que su base es el arsénico... Nada, nada, quedan proscritos los fideos.

No me traigas tampoco más café... ¿Dices que siendo en grano la falsificación es imposible? Pues mira, te equivocas. En París se fa-

brica ahora el café en grano con bellotas molidas y trigo quemado, dándole la forma y consistencia del café y hasta su olor y sabor mediante una disolución alcohólica de colofonia.

El chocolate se adultera con harina, bellota y azúcar tostado.

El té suele no ser té, sino hojas de sauce y otros vegetales de escaso valor teñidas con azul Prusia, y á las que se da un sabor fuerte mediante preparaciones químicas.

La leche ha sido sustituida hace mucho tiempo por el agua, el almidón y otras materias.

La glucosa reemplaza á la miel. La manteca... ¿A que no sabes, Juanita, lo que dan en Chicago, allá en América, por manteca? Pues dan sebo, aceite de semilla de algodón y *kaolín*, ó sea el barro con que se hace en China la porcelana.

Afortunadamente la ciencia adelanta para el mal como para el bien, y hace poco el profesor Mikulier, de Viena, ha inventado un aparato para ver el estómago por dentro, y que se llama *gastroscopio*. El mecanismo consiste en un tubo de 65 centímetros de largo que se introduce en el estómago, provisto de otro aparato óptico; una batería eléctrica, puesta en

comunicación con el instrumento, sirve para tener iluminado el estómago... ¿Te ríes, eh? Cómo se conoce que tú no sientes ni padeces...

¿Qué dices? ¿Que el aparato no es útil?... ¡No ha de serlo!... Mira, ya sabes uno de los usos del *kaolín*... Pues bien, después de tomar un café con tostada puedes recurrir al *gastros-copio* y él te dirá si en vez de café has tomado trigo prensado en París, y si á causa de la manteca que hayas comido tienes una vajilla de China en el estómago.

V

LA LENGUA

Este prolongado bienestar, esta salud envidiable que disfruto no debe ser cosa buena... Indudablemente se prepara algo grave en mi individuo, y algo que no se podrá combatir por cogerme de sorpresa.

Y, francamente, eso de llamar al médico porque no le duele á uno nada, aunque justificado, en mi opinión, suele ser motivo de chacotâ de parte del mundo. Hoy me encuentro vigoroso y con una perfecta regularidad en el pulso; tengo excelente apetito y ganas de dar un buen paseo; pues ¿quién sabe si me estará rondando alguna grave dolencia? Si yo conociera por la lengua los peligros que pueden amenazarme... pero ¡quíá! En vano me pasó las horas muertas mirándomela al espejo, á riesgo de que me juzgue la criada un Narciso enamo-

rado de mí mismo, ó me ocurra lo que hace días cuando el vecino de enfrente, viéndome con la lengua sacada, creyó que le estaba haciendo burla.

Mi médico me ha facilitado en una cuartilla de papel una guía para que pueda entender algo de lengua—de la lengua médica,—y no le llame con el único objeto de enseñársela todos los días. Dice que eso le parece depresivo para su seriedad.

Veamos, ahora que me acabo de levantar, lo que mi lengua denuncia.

”Capa espesa y blanquizca al despertarse, irritación crónica de los intestinos...” No parece que mi lengua gasta hoy capa: se presenta en traje de verano, y por este lado puedo estar tranquilo. Además de que si yo tuviera alguna enfermedad crónica ya debía haberlo conocido.

”Lengua con la punta y bordes rojos, gastritis...” Esto puede aplicármese mejor; pero no sólo la punta y los bordes, sino la lengua toda la tengo roja... Un rojo que no me parece muy definido... un rojo que tira algo á violado...

¿Qué dirá mi indicador sobre esto? Veamos.

”Lengua de color de violeta, cólera morbo y enfermedades del corazón y de los grandes vasos.”

¡Cólera morbo! ¡Pero si la Dirección de Beneficencia y Sanidad no ha publicado ningún anuncio ni la *Gaceta* ha dicho nada!

Enfermedades del corazón creo que no padezco, y mis grandes vasos tampoco deben seguir mal... Peor estarán los del aparador, á juzgar por los golpes que sufren de Juanita.

De anemia y clorosis no creo padecer, pues lo rojo de mi lengua lo acredita así: estas enfermedades las denuncia la palidez de la misma.

„Lengua negra, como manchada de tinta en la cara dorsal del órgano, excepto en la punta y bordes; depende de un parásito no clasificado todavía.”

¡Nada!... Desde la última vez que comí camarones no creo que he vuelto á tener la lengua negra.

¿Y la temperatura?

La temperatura de la lengua debe estar en relación con la del cuerpo, según el doctor. La mía lo está, pues aunque al pronto parece fría, esto debe consistir en el mucho tiempo que la obligo á que la esté dando el aire. Pero teniéndola muy guardadita conservará mejor su temperatura, si bien no podré examinarla yo.

De movimientos parece que rige bien, obediente á la voluntad, y no veo que se incline

á ningún lado, circunstancia sintomatológica de hemorragia cerebral ó reblandecimiento parcial del cerebro.

¡Oh! La lengua... Por algo dijo, no sé si Sócrates ó Perico Manguela, que es lo mejor y lo peor del mundo. Ella nos sirve de poderoso auxiliar á los aprensivos para apreciar el estado de nuestra salud, y ella, una vez convencidos de que estamos bien, nos presta auxilio para las faenas de la comida, siendo el centinela que nos advierte, contra los descuidos de Juanita, si echa al asado más granos de pimienta de los justos ó, falta de sal en su persona, la arroja á puñados en los guisos.

Hoy estoy bien, perfectamente bien: mi estado general lo pregona y la lengua lo determina; pero ¿acaso no puede cambiar el aspecto de ésta en un instante?

Lo más prudente es dejar colgado el espejito para poder mirarme la lengua cada vez que me levante para cualquier asunto, ó antes si observo que cambia la temperatura ó sufre alguna inclinación.

Aunque el vecino de enfrente crea que le estoy haciendo burla.

VI

NACIMIENTOS Y DEFUNCIONES

»El número total de nacimientos inscritos en los diez Registros civiles de Madrid durante las dos últimas semanas transcurridas desde el día 12 al 25 de enero asciende á 662, y el de defunciones á 878: existe, pues, una diferencia en contra de aquéllos de 216 individuos...»

Estos periódicos se han propuesto contribuir con sus noticias á que siga en aumento la terrible proporción. Porque la que acabo de leer no constituye ninguna novedad: es análoga en un todo á la que publicaron la quincena pasada, y la anterior, y la otra...

Madrid va acabando con portentosa rapidez: 216 individuos de diferencia entre los muertos y los nacidos en una quincena, hacen 432 al mes. Calculando en 400.000 almas

la población madrileña, tendremos que hay bastante para sufragar la diferencia durante novecientos veinticinco meses, ó sea unos setenta y siete años. Para el de 1962 Madrid pertenecerá, pues, á la historia: se lo habrá devorado esa terrible diferencia que señalan los Boletines sanitarios.

El primer enemigo de los madrileños es el clima; ese clima modificado incesantemente por los vientos del Norte,

Que matan á un hombre
Y no apagan un candil,

como dice un refrán muy conocido.

La pulmonía, el catarro crónico, la tisis, las enfermedades de los órganos respiratorios reclaman en cada quincena un contingente que excede de 400 víctimas.

Después siguen las enfermedades naturales en las condiciones de la vida social. El madrileño vive en una atmósfera viciada: los templos, los teatros, los cafés, los círculos... todos los puntos á que suele concurrir se hallan espléndidamente iluminados; pero aquellas luces quitan al hombre gran parte de los componentes del aire respirable. Después, cada ciudadano es una chimenea ambulante, en la que se consumen los productos de la



renta de tabacos... Lento, pero seguro veneno administrado por todos los gobernantes á todos los gobernados, y que todos los gobernados consumen muy á gusto maldiciendo de los gobernantes.

La vida del bufete y la del trabajo intelectual en todas sus esferas engendran terribles padecimientos del estómago: los madrileños, en su gran mayoría, apenas hacen otro género de vida.

Vienen después las agitaciones de la vida pública, las impaciencias de la ambición, el malestar eterno que nos hace asemejarnos á los *puntos* de una casa de juego, con la mirada fija en la mano del banquero, mientras que éste descubre la *pinta*, anhelantes, fatigosos, febriles, esperándolo todo del azar y de la suerte.

La niñez se congrega y educa en locales faltos de toda higiene, y recarga su entendimiento prematuramente con las verdades de la ciencia y los sofismas de la filosofía.

La juventud no puede desarrollarse, porque los placeres y los abusos la empequeñecen y aniquilan.

En la edad viril somos víctimas de todas las circunstancias mencionadas anteriormente.

En la ancianidad nos espera en la puerta de

nuestra casa la racha de viento que ha de proporcionarnos un constipado; en el paseo nos sorprende el aguacero que ha de acentuar nuestro reuma, y en el comedor tenemos nuestro mayor enemigo en los alimentos nocivos con que satisfacemos la necesidad ó la gula, según los casos.

¿Qué ha de resultar de todo esto sino esa espantosa desproporción entre los nacimientos y las defunciones?

Y cuenta que para nada suman aquí, entre las amenazas que pesan sobre los madrileños, el incesante movimiento de carruajes, que parecen, por la presteza de sus revueltas, buscar con mucho empeño, para destrozarlos, piernas y brazos de mis conciudadanos; ni á los tranvías que cruzan á pares las calles más estrechas; ni á los valientes de profesión que van pisando á todos los transeuntes para darse luego un rato de gusto pegándoles una estocada; ni á los amigos de lo ajeno que nos desbalijan en la calle y se introducen en nuestras casas, armados con los razonamientos elocuentísimos de una navaja de lengua de vaca; ni á las señoras mujeres entusiastas de Mad. Clovis Hugues, y capaces, por ende, de alojarnos una bala en el pecho si les hemos dicho que tienen buenos ojos; ni á los barrancos y quebraduras

de terreno, paternalmente dispuestos por el Municipio para que nos rompamos algo; ni siquiera á la desesperación que puede conducirnos al viaducto de la calle de Segovia y á cualquiera de los infinitos comercios de revolvers, en que nos brindan por poco dinero medios hábiles de adelantarnos á los cierzos del Guadarrama... A estas causas de mortalidad, que influyen, no obstante, muchísimo en la despiadada estadística de defunciones.

»El máximo proporcional de nacimientos que correspondió á Madrid en la quincena referida, y según los datos de este diario, fué de 33,54 por 1.000 al año, y el de defunciones de 44,72... La mortalidad en Londres alcanzó la cifra de 22,40, y los nacimientos de 36.30..."

Decididamente es cosa de emigrar á Londres y buscar á los ingleses en su casa... ¡No siempre han de ser ellos los que nos busquen en la nuestra!

1885.

VII

DESPERDICIOS

Por las columnas de los periódicos anda rodando estos días la noticia del aprovechamiento que suelen tener los desperdicios.

Según ella, los tallos de los espárragos sirven para elaborar papel de escribir y de imprimir.

De las hojas de la alcachofa se extrae una materia colorante, empleada en la tintorería.

Del café se obtiene una materia antiséptica.

De los tapones viejos se hacen rellenos para colchones y almohadones flotantes.

Del hollín, tinte para las telas y tinta de imprimir.

De vidrios rotos se fabrica vidrio y lana de vidrio.

De la grasa de la cocina se hace un jabón económico.

De los huesos se obtiene jabón, botones y abono agrícola.

De la cáscara y la clara de huevo se hace alumbre secante y se prepara alimento para las gallinas...

En el procedimiento de las transformaciones para aprovechamiento de los desperdicios, el anterior resumen no ofrece, ni con mucho, un estado de los adelantos modernos.

Basta para convencerse de ello dirigir una ojeada á cuanto nos rodea.

Los muchachos que recorren las calles cogiendo puntas de cigarro nos advierten que aquellos residuos del tabaco peor que elaboran las fábricas peninsulares están llamados á volver al mercado con el nombre y las consideraciones de rico tabaco habano.

Los montones de tacones viejos que llenan el Rastro nos hacen dudar de la honradez de los zapateros que construyen botas nuevas.

De los desperdicios de animales muertos ya sabemos lo que la industria puede hacer: ricos embutidos de Extremadura y salchichón de Vich, manteca de Holanda, aceite de oliva, crepé, instrumentos militares, material de encuadernación, marfil de segunda clase y hormillas de botones. La industria de la transformación no desperdicia un átomo de algunos animales.

En una casa de huéspedes que habité yo en

mi juventud, la patrona poseía notabilísimos conocimientos en el arte de aprovechar. ¿Desaparecía el cinturón de correa de algún compañero? Pues no había duda, á los dos ó tres días nos veíamos obsequiados con un plato de callos. ¿Se quejaba alguno de que le habían quitado el estropajo de su lavabo? Pues aquel día era sabido que íbamos á comer sopa de fideos. ¿Aparecían limpios de grasa los cuellos de nuestras levitas? Pues inevitablemente teníamos cena frita. Allí el polvo se conservaba en las salvaderas para secar la tinta; á todo rasguño de la navaja de afeitar se aplicaba inmediatamente una tela de araña (primera materia que abundaba siempre en aquella casa); la ropa blanca de desecho servía para rellenar los colchones; la ceniza de los cigarros se utilizaba para limpiar los dientes y sacar lustre á los objetos de metal, y los ladrillos que periódicamente desaparecían de la cocina eran cuidadosamente machacados para unirlos en polvo al chocolate de treinta cuartos, en que un industrial no menos diestro que la patrona había logrado trabar con melaza habas secas, garbanzos y algo de almidón ó cola de pescado.

El arte de los aprovechamientos de residuos hizo que los carboneros barrieran hacia

adentro sus tiendas y dieran siempre con el carbón de encina un poco de carbón de piedra. Hizo también que los mostradores de las tabernas se construyeran en declive y con un sumidero que permita recoger en un barreño los restos del peleón y del aguardiente para ser nuevamente servidos á los bebedores que estando á cierta altura de embriaguez no pueden apreciar lo que se les vende ó se les da.

En materias de aprovechamiento, ¿quién como las madres, que vuelven cuatro ó cinco veces una levita, la convierten luego en chaqueta para el hijo mayor, en chaleco para el más pequeño y en zapatillas de invierno por último?

El aprovechamiento en el mundo literario es también muy notable, habiendo personas que con la mayor habilidad convierten en novela moderna una comedia del teatro antiguo ó se apoderan bonitamente de trabajos anónimos ú olvidados, concediéndoles la paternidad de su nombre. Todo esto enaltece al industrialismo; pero convierte cada fragmento de nuestra alimentación en un problema.

Este filete que se resiste al corte del cuchillo, ¿habrá sido cartuchera en tiempos de la primera Milicia, ó pelota de goma desechada por algunos niños?

Este vino que me sirve Juanita, ¿será resultado de combinaciones químicas del agua de algún lavadero y los residuos de alguna tintorería?

En este pan, ¿cuántos desperdicios habrá de los encargados de amasarlo?

Resueltamente la vida no es posible para una persona delicada.

—Juanita, tráeme un par de huevos pasados por agua: los alimentos acorazados son los únicos que pueden comerse.

VIII

DECÁLOGO DE LA SALUD

Un periódico inglés publica un curioso Decálogo de la salud. Algunos de sus preceptos merecen ser consignados, aunque no parecen hijos de la ciencia médica de Albión y sí del mismísimo Pero Grullo.

Dice, por ejemplo, la ciencia:

Deben usarse vestidos adaptados á la estación, precepto que no habrá dejado de sorprender á uno solo de sus lectores, que hasta hoy vendría creyendo que lo más higiénico en los períodos de los hielos y nieves es lanzarse á la calle en mangas de camisa y calzoncillos. Hoy no será ya posible la duda, y ningún individuo seguirá usando traje interior de bayeta, faja de siete vueltas, gabán de pieles, capa y bufanda durante la canícula.

Dice también la ciencia que la alimentación

y bebidas que se tomen *deben de ser sanas*. ¡Cosa más extraordinaria! Cuando todos creíamos que el colmo de la higiene era el uso de manjares indigestos y agua del pozo...

Que debe limpiarse el cuerpo, cosa que seguramente habrá cogido de sorpresa á los lectores.

Abstención de toda sustancia tóxica... O lo que es igual, nada de merendar cabezas de fósforos, ni de tomar por las mañanas, en vez de chocolate, una jícara de ácido prúsico, ni cenar estricnina.

Pero el periódico científico quiere generalizar el precepto, y dice que para conservar la salud *hay que abstenerse de todo lo que pueda perjudicar á una parte cualquiera del cuerpo*, y tener *tranquilidad de espíritu...* ¡Pero si con la lectura de algunos periódicos científicos esta tranquilidad es imposible! Si después de leer el Decálogo de la salud á que me vengo refiriendo no puede uno menos de estremecerse al meditar en el esfuerzo profundo que habrá necesitado hacer la ciencia para deducir que debe respirarse aire puro, hacer un ejercicio moderado, comer bien y beber mejor, no tomar venenos y dormir tranquilamente.

Ignoro qué recompensa se habrá dado en nombre de la humanidad al autor del Decálogo de la salud; pero es seguro que si hoy no logra

estatuas, las tendrá seguramente en lo porvenir, y que aquel monumento de la ciencia médica de Inglaterra ha de figurar junto á los sabios axiomas del que dijo en nuestra rica habla:

Si lloviese habrá lodos,
y será cosa de ver
que nadie podrá correr
sin echar atrás los codos.

El Decálogo, traducido al lenguaje vulgar, podría reducirse á estos términos: „Después de consagrar al sueño todo el tiempo que quieras, deja el lecho, lávate y péinate, ponte un traje de verano si estás en julio ó uno de invierno si estás en enero, y vete á pasear al aire libre. Come y bebe cositas sanas, sin nada de veneno ni cosa que se le parezca; diviértete del modo que lo indique la Naturaleza, y con tal de que no contraigas matrimonio con ninguna parienta tuya, tienes carta blanca para amorosos devaneos. Luego, y sin que por nada se turbe la tranquilidad de tu espíritu, vuélvete á la cama á roncar como un bendito hasta el día siguiente.”

¡Oh! ¡La medicina contemporánea! ¡Qué de triunfos! ¡Qué de gallardas manifestaciones de su alcance! Especialmente la higiene...

De todas maneras, y si á pesar de cumplir uno de los preceptos del Decálogo cae enfermo, no hay cuidado que nunca nos faltará un licenciado ó doctor que nos diga, acudiendo junto á nuestra cabecera:

—¡Vamos! No sea V. niño... Si tiene V. calentura, no me lo oculte.

IX

DESCANSO DEL CORAZÓN

Un interesante estudio sobre el descanso del corazón encuentro en un periódico de medicina.

En el hombre que está de pie señala regularmente 74 palpitaciones por minuto; si se sienta disminuyen á 70, y si se acuesta quedan reducidas á 64. Multiplicadas estas diez palpitaciones de menos por 60 minutos, resultará una economía de 600 por hora, y consagrando ocho horas al descanso, resultan 5.000 palpitaciones próximamente de menos. Y como el corazón expelle seis onzas de sangre en cada palpitación, resulta una diferencia de 30.000 onzas durante la noche.

Esto cuando no se acuesta el individuo bajo la influencia alcohólica, porque ésta no sólo no permite el descanso, sino que aumenta en

más de 15.000 el número de palpitaciones, haciendo que el individuo se levante al día siguiente más cansado de lo que se acostó é inútil para el trabajo.

Es lástima que el periódico de que tomo los informes anteriores no los amplíe un poco más, calculando los desequilibrios que ha de producir en el movimiento circulatorio de la sangre la pasión amorosa, la codicia, la ira, todos los móviles que impulsan al hombre, todos los apetitos que le arrastran y todos los errores que le ciegan. Que no diga de paso las alteraciones que puede producir en la economía, ya el enojo que nos da la representación de un drama malo, ya la lectura de una novela de los imitadores de Zola, ó ya, finalmente, los ejercicios de piano de la vecina del cuarto piso. Porque yo tengo para mí que estas y otras causas debieran estudiarse mucho para explicar bastantes muertes repentinas y no pocos crímenes.

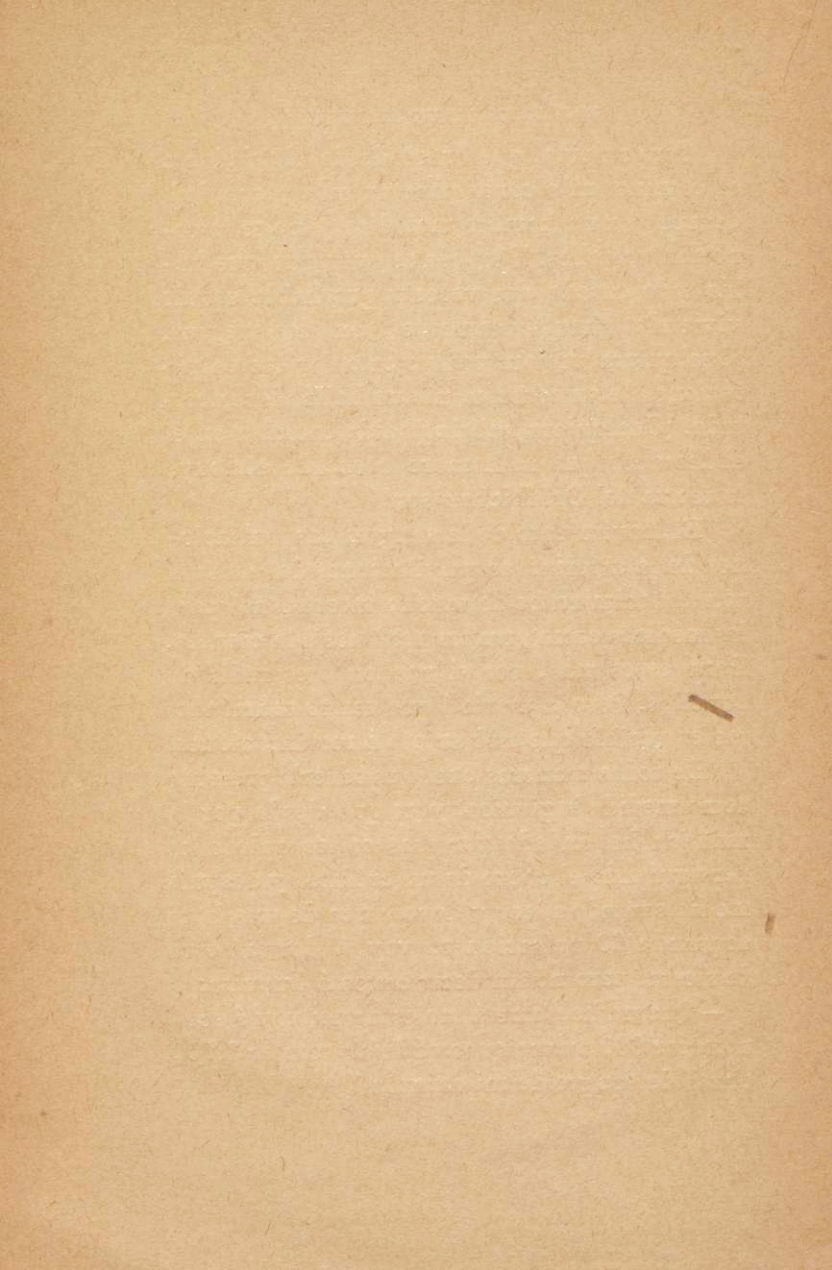
Yo he conocido á un infeliz que desde que apuntaba el día hasta que cerraba la noche estaba condenado á oír peteneras á una criada de la vecindad. Y ¿qué sucedió? Que un día salió de su casa, y sin motivo ostensible arrancó á mordiscos una oreja á un guardia de orden público.

Otro suicida, que buscó desde el viaducto el camino más corto para ir á la eternidad, pasaba por un hombre metódico y no se le conocían pasiones. Después se averiguó que había sido casado dos veces y que había estado viviendo simultáneamente con dos suegras. ¡Cualquiera hubiera podido calcular las palpitaciones de su corazón, ni aun hallándose acostado! ¡Cualquiera habría podido calcular en él el descanso que al hombre acostado atribuye la teoría del Dr. Richardson!

El movimiento de la sangre, las pulsaciones de la arteria, las palpitaciones del corazón son conocimientos de mucho interés, así para los médicos como para los profanos á la ciencia. Para éstos más, por si pueden prescindir de aquéllos. Pero la teoría á que vengo refiriéndome es posible que esté sujeta á rectificaciones.

De todas maneras bueno es tenerla presente como medida higiénica, y ya que desde por la mañana he andado por esas calles enlodadas persiguiendo el cobro de un crédito, y después me he sentado á leer y llevo cerca de una hora acusando 60 pulsaciones, voy á dormir otra de siesta, pero no sin decir antes á Juanita:

—Que nadie éntre á molestarme: voy á economizar 600 pulsaciones y á dejar expeler 3.750 onzas de sangre de mi corazón!



X

PRONÓSTICOS ATMOSFÉRICOS

Decididamente ya hemos debido llegar al período apocalíptico de que hablaron hace algún tiempo los periódicos...

Al amanecer ahora suele estar despejado el cielo; pero conforme entra el día se va nublando... Cada media hora cae un chaparrón... Cada hora se levanta un vendaval que arrebató á los transeuntes el sombrero... Al anocheecer nunca falta motivo para exclamar con el cenobita de *El Puñal del Godo*:

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!...

Pero después el tiempo se serena unos ratos, y otros ratos vuelve á llover, ó á granizar, ó á soplar un viento huracanado. Hay para toda clase de gustos.

Cualquiera sabe en estas condiciones si

puede ó no salir á la calle, y si, ya de hacerlo, ha de aligerarse de ropa ó debe utilizar capa, gabán y bufanda. El problema del paraguas ha dejado, en cambio, de serlo, pues sabido es que al sacarlo ahora sólo se quiere demostrar que no le duele á uno ver volar sus prendas.

¡Y cuidado si son consoladores los anuncios del observatorio de Nueva York!

Desde hoy hasta que salgamos de las aterradoras fechas señaladas por el mismo para los temporales, ¿dónde buscar refugio? ¿dónde hallar seguridad? ¿En edificios de piedra?... El viento los arranca de su sitio y siembra con sus fragmentos el suelo. ¿En construcciones ligeras?... Los techos y paredes caerán. En una estufa de cristales hay seguridad de que la romperá el granizo; junto á un árbol grueso el peligro es mayor, porque el viento los arranca de cuajo...

Tal vez huyendo de Madrid se consiguiera salir de la zona que recorre el ciclón; pero ¿podría evitarse de igual suerte la zona de los terremotos, la de las enfermedades epidémicas, los peligros que incesantemente acompañan al viajero, los robos de los malhechores y los de los fondistas, los descarrilamientos del tren y los de la moralidad propia al chocar con unos buenos ojos?

La permanencia podrá ser peligrosa, pero la fuga no lo es menos, y entre dos peligros debe optarse por el más cómodo y más barato.

Además, la tradición y la fe nos dan mejor remedio. En tanto que el observatorio de los Estados Unidos nos anuncia tormentas y vendavales y ciclones, nosotros debemos decir con los antiguos almanaques de España:

¡Dios sobre todo!

XI

PESO DEL CUERPO

Ha echado el profesor Huxley con sus cálculos sobre el peso del hombre, uno terrible sobre mí.

¡Apenas hay asunto para hondas meditaciones en estas veinte líneas que publican los periódicos!

Vamos por partes.

”El peso específico proporcionado del hombre no debe pasar de 155 libras, indicando el exceso ó la falta algún vicio en el desarrollo, perjudicial en ambos casos á la salud.”

La última vez que me pesé, yo recuerdo que la romana arrojaba una cifra de siete arrobas y media, es decir, muy cerca de arroba y media más de lo justo. Sin embargo, creo recordar que me pesé con el gabán de pieles y con toda la ropa de invierno, y hasta recuerdo que llevaba en el bolsillo mil reales en plata que me

acababan de cambiar en la lonja del Almidón. Por aquí ya hay que descontar unas tres libras de plata que, unidas al peso de la ropa, puede que me coloque en ese término medio de la buena salud de que habla el profesor Huxley.

Esto cuanto á la totalidad y al conjunto, porque el pormenor es mucho más difícil de precisar.

Sigamos estudiando lo que dice la ciencia.

„Este peso—el total de las 155 libras—se halla repartido del modo siguiente: músculos, 68 libras; esqueleto, 24; piel, 10,12; materias grasas, 28; masa cerebral, 3; vísceras torácicas, 3,50; vísceras abdominales, 11; sangre, 7.”

¿Pesarán mis músculos 68 libras? Francamente, creo que no: en cambio he de tener de materias grasas más de las 28 de reglamento: puede que en mí estén cambiados estos términos, y si fuera dable hacer el experimento, de seguro que encontraba muchos errores en el cálculo del doctor.

¿Cuánto apostamos á que no tiene tres libras de masa cerebral mi ama de llaves Juanita?

En cambio, sus vísceras torácicas, si hemos de juzgar el contenido por el continente, han de pasar, con mucho, de las tres libras y media que la ciencia indica.

Decididamente el doctor ha formado un cálculo muy caprichoso en lo que hace al peso de los diversos componentes del cuerpo humano y á la suma total que arrojan.

Lo que sigue es más interesante, aunque menos nuevo. Ya lo había leído yo en otras partes.

„Las palpitaciones del corazón no deben pasar de 75 por minuto, y la respiración de 15 en estado de perfecta salud. Cada veinticuatro horas vicia una persona del peso indicado 1,470 piés cúbicos de aire, y debe dormir en una habitación ventilada que tenga por lo menos 800 pies cúbicos de capacidad.”

Lo de las palpitaciones ya sé también que pueden aumentar bebiendo alcohol, y disminuir durmiendo la siesta: cuanto á la ventilación de mi alcoba, me parece que es suficiente. De todas maneras mañana volveré á medirla, y á poco que me parezca deficiente traslado la cama al centro del salón.

Veamos qué más dice el sabio profesor Huxley:

„Cada día expelle una persona por los poros 18 onzas de agua, 300 gramos de materias sólidas y 400 gramos de ácido carbónico. La pérdida total diaria del cuerpo humano en buena salud es de seis libras de materias lí-

quidas, y poco más de dos de materias sólidas."

¡Dieciocho onzas de agua por los poros! Puede que yo en el rigor del verano, y mi aguador en todo tiempo, arrojemos esta cantidad de líquidos; pero ¿y los 700 gramos de materias sólidas y de ácido carbónico que arrojamamos diariamente por los poros?

Respecto á la pérdida diaria de seis libras de materias líquidas y dos de sólidas, constituye una amenaza permanente: tendré que aumentar una comida por lo menos para reponer estas pérdidas, so pena deirme quedando en las veinticuatro libras de mi esqueleto y en las 10,12 de pellejo. Esto, caso de que no exagere la ciencia en lo que á los líquidos se refiere; pues respecto á la pérdida diaria de sólidos, antes que el Dr. Huxley ya dijo el autor de un poema barcelonés, de cita difícil, que diariamente se pierde

á razón de dos libras por persona.

Pero ¿á qué aumentar la alimentación, cuando precisamente peso treinta libras más de lo justo?

El sueltecito del periódico es instructivo, y aunque me deja duda sobre algunos puntos, me indica medios prácticos de salvar otras.



En primer término, confirma lo que yo temía ya, y hasta lo que he oído á unos amigos míos cuando me apartaba de ellos después de preguntarles por el número de casos coléricos que arrojaban las últimas estadísticas:

—¡Qué pesado es Fulano!

También recuerdo que Juanita me decía algunos años hace:

—¡No sea V. pesado, señor!

Y todo porque pesaré unas cuantas libras más del término medio señalado por el profesor Huxley. Lo cual tiene muy fácil remedio: con no comer ni beber nada durante tres ó cuatro días, las ocho libras de pérdida que sufra cada veinticuatro horas formarán la compensación.

¡Si hasta matemáticamente se podría hacer la resta para pesar el hombre lo que quisiera!

Pero no: renuncio por el pronto, lo mismo á aumentar que á disminuir la alimentación. Hasta hoy no me iba mal ignorando los descubrimientos del profesor Huxley sobre el peso y las pérdidas del cuerpo humano.

—¡Juanita, Juanita!

¡Nada! Estará hablando con su novio el carbonero. Tener Juanita novio... Seguramente que ese pobre tampoco tiene las tres libras de masa cerebral de que habla el Dr. Huxley.

XII

BAJO CERO

La lectura de los periódicos causa verdadero frío.

Entre Irún y Hendaya grandes nevadas que imposibilitan la marcha de los trenes.

El puerto de Piedra Hita, en León, interrumpido por la misma causa.

En Puente de los Fierros, ídem.

Por el puerto de Pajares tampoco pueden circular los trenes: cerca de la Coruña la gran cantidad de nieves ha hecho descarrilar un tren de mercancías.

Junto á Segovia un nuevo desprendimiento de tierras motivado por la misma causa.

En la estación de Araya (Álava) detenido un tren.

Las líneas de Galicia interrumpidas en el kilómetro 318 y sin que puedan trasbordar los viajeros.

A Lugo y á Pontevedra llegan con gran retraso, ó no llegan, los correos.

En el mar Cantábrico el temporal es imponente, y mientras que el oleaje amenaza en San Sebastián la obra humana hecha en perjuicio del terrible elemento, en la barra de Portugalete los buques corren gravísimo peligro y algunos han sufrido averías de consideración.

Aquí en Madrid tenemos como una amenaza constante la nevada sierra del Guadarrama, y vivimos bajo la influencia del temporal de nieves. En los últimos días han comenzado á blanquearse tejados, árboles y paseos; pero la nieve ha durado poco tiempo, no llegando á cuajar. Lo que ha cuajado es el frío.

En las tertulias se ha resucitado el juego del calienta manos y el de la peregila junto á la camilla de faldas; por las calles tropezamos con gabanes ambulantes que acaso encierren el cuerpo aterido de algún amigo, y ni siquiera los acreedores, tan diestros en conocer á todas sus víctimas, saben cuáles son de entre los muchos transeuntes que, con las alas del sombrero bajadas y el tapabocas subido hasta los ojos, pasan á su lado los que tienen cuenta abierta con ellos.

En el salón de conferencias del Congreso

hay muchísima concurrencia, no en busca de noticias, sino del calor de las estufas; en los círculos políticos, recreativos, científicos y literarios ocurre lo mismo, y hasta las oficinas se ven muy frecuentadas estos días en busca del calor que despiden estufas y braseros. Las cuentas de combustible deben de ser muy considerables, y cuando aquél se acabe es seguro que los legajos y expedientes en tramitación seguirán entreteniéndolo el fuego burocrático.

Hay quien invierte la noche en pasear buscando en el movimiento el calor de que habla la teoría física, y quien recurre al sistema de no salir del lecho hasta que se anuncie la llegada de la primavera.

Martínez, filósofo por necesidad, al que me liga la costumbre del sablazo de veinte céntimos que suelo sufrir á diario, se hallaba esta mañana sentado en el pilón de la fuente de la Puerta del Sol leyendo un periódico que estrujaban sus amoratadas manos.

—¿Qué haces ahí con este frío?—le pregunté.

—Me estoy consolando por el método calderoniano. Mira, según este periódico, en Moscou están á treinta grados bajo cero.

En ocasiones se escuchan por Madrid bofetadas que se cambian entre el público, y que

no son hijas del odio, sino del deseo de darse un calentón de manos.

No hay quien no se frote una mano contra otra, á riesgo de oír decir á los hombres de la situación:

—Eso es por el gozo de saber que estamos en el poder.

Ni quien deje de palmotear para producir una buena circulación de la sangre á riesgo de que digan los autores inéditos:

—¡Qué gran público para estrenar mi comedia!

En las perchas y guardarropas no ha quedado ya una sola prenda, y no falta quien medita en aumentar á su abrigo las mantas de la cama, arrolladas coquetonamente en forma de bufanda.

El frío ha hecho cambiar la fórmula de saludo. Si en épocas ordinarias se preguntaba invariablemente ¿qué hay de cosas? aludiendo al tema eterno de los españoles, ó sea el político; si en períodos de epidemia, á la pregunta ¿qué hay de cosas? substituyó la de ¿qué hay de casos? hoy no existen preguntas, sino afirmaciones rotundas y categóricas.

—¡Valiente día!—dice uno.

—¡Estamos en el polo!—agrega otro.

—En mi casa no se puede encender brasero

porque los carbones encendidos se hielan, y al revolverlos apagan á los demás.

—Estamos bajo cero desde hace días.

—Hombre, no valen alusiones políticas á los jefes de los partidos.

En muchas casas ha hecho su presentación el viajero del Guadarrama, que conocemos con el nombre de pulmonía, y no hay sala pública en que no se escuchen incesantes toses y ruidos estornudos. El que se llama Jesús debe renunciar á salir de su casa si no quiere verse azarado en sociedad, oyendo decir á derecha é izquierda, por delante y por detrás:

—¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!...

A pesar de los seis grados bajo cero, al retirarme la madrugada última á casa vi en mi propia calle á dos amantes, ella desde su balcón y él desde las piedras, pelando la pava.

En el mismo sitio les había dejado cinco horas antes.

Si no hubiesen hablado les habría supuesto estatuas de hielo.

XIII

FENÓMENOS GEOLÓGICOS

Los fenómenos geológicos ocurridos en las provincias andaluzas son de tal naturaleza, que de extenderse á más vastas regiones amenazarían cambiar por completo nuestro mapa.

Ya es un pueblo que se hunde, como pudiera hacerse por el escotillón de un teatro.

Ya una grieta que rompe el terreno, y que, cogiendo por enmedio á un árbol le hace dos mitades de arriba á abajo como Don Quijote temía que hicieran con él en alguna de las terribles batallas á que la profesión de caballero andante le llevaba.

Ya es una casa de la que desaparecen los cuatro primeros pisos, quedando el quinto pegado á la construcción inmediata.

Ya nace una faja de terreno que separa casas y caminos, antes poco distantes.

Ya montes que desaparecen, dejando en su reemplazo lagos termales.

Ya casas que cambian de emplazamiento, trasladándose veintisiete metros más allá de donde estuvieron primeramente.

Ya es Sierra Nevada, que crece centenares de metros sobre el nivel del mar...

En vista de estos cambios, el terror se apodera del ánimo y nacen ganas de preguntar :

¿Seremos mañana los habitantes de un lago, ó los inquilinos del seno de un volcán?

¿Qué será de nuestra Península? ¿Lecho del Mediterráneo cuando éste se ensanche? ¿Un cabo de Europa en el Atlántico? ¿Un complemento de la península italiana?

Políticos que consagrais vuestras vigiliass á reformar el mapa político del mundo, cesad en vuestras tareas en tanto siquiera que los ruidos subterráneos nos adviertan que acaso estamos llamados á mayores cambios.

¿Quién sabe si nos dormiremos madrileños y nos despertaremos cosacos? ¿Si tendremos que comunicarnos por mar con los habitantes de Vicalvaro y Vallecas?

¿Quién sabe si los cerros de San Isidro se habrán marchado á estas horas á la Pradera de Guardias, y si de un momento á otro los ba-

rrios de Salamanca y de Pozas habrán de unirse en estrecho abrazo?

¿Quién sabe si algún día tendremos que buscar por el suelo encendiendo una cerilla la cúspide de la antigua colina?

¿Quién sabe si veremos que los montes, con sensible impudor, se subirán la falda?

Aquí en Madrid, donde ejecutamos siempre la parodia de las grandes catástrofes; aquí donde en épocas de inundación el Manzanares arranca las bancas de las lavanderas para demostrar á los burlones que no necesita del riego del Lozoya para estar húmedo, aquí teníamos un cerro en diminutivo, el Cerrillo de San Blas, y se ha desplomado sobre una de las casas inmediatas.

... Antes de acostarme esta misma noche, y para evitar nuevos terremotos, sujetaré con puntas de París el globo terráqueo que tengo sobre la mesa de estudio.

* * *

Aún creo recordar el terremoto del 25 de diciembre último. Estaba leyendo una novela lena de horrores, y al calcular ahora el momento del suceso, recuerdo que tembló la lámpara colgada del techo; pero como los infantiles

vecinos del piso superior celebraban la Pascua, no dí al accidente la menor importancia.

En el teatro Real hubo regular alarma, sin que nadie pudiera acertar la causa, y en otros coliseos se notó asimismo el terremoto. Se exceptúa el teatro Español, donde los concurrentes acostumbran á afianzarse bien en sus butacas para escuchar los dramas de Echegaray.

En los billares se dió el caso de que los más inhábiles jugadores hicieran carambolas inverosímiles, y hubo palos que se cayeron sin que los tocaran las bolas.

En las tertulias no faltaron señoras que al pasar junto á los caballeros se sentaron sin recato sobre las rodillas de los mismos, y en las calles los transeuntes iban tropezando unos contra otros y haciendo *eses* muy abiertas; pero ¿quién hace caso de las desviaciones de la línea recta en tiempos de Pascua?

Por el barrio de Toledo, donde comenzó el movimiento, y el de Hortaleza, en que terminó, los vecinos de algunas casas se lanzaron á las calles, y aun acudieron á las alcaldías dando parte de que sus casas amenazaban ruina.

Pero, ya lo he indicado, todos estos fenómenos aislados cogieron por sorpresa á los madrileños, no dándoles tiempo á que se hiciesen cargo de ellos: en muchísimos puntos nadie

observó el terremoto , y si las vajillas chocaron en sus vasares, nadie pensó sino en atribuir al gato la responsabilidad del hecho; si las campanillas sonaron, se atribuyó la *gracia* á algún chusco que pudiera subir las escaleras, y aunque se pararon muchos relojes, hubo para ello una explicación:

—No le darías cuerda anoche.

—Seguramente que sí.

—Si fué Noche-Buena...

A propósito de los fenómenos geológicos ocurridos al finalizar el año último y empezar el corriente, debo consagrar un recuerdo al célebre *Cuestionario* que tanto preocupó á los madrileños.

Mi vecino D. Diego es un verdadero modelo del buen ciudadano, saliendo siempre al encuentro de todas las disposiciones de las autoridades para darles cumplimiento. Él ha constituido su biblioteca con todas las leyes vigentes y todos los comentarios de las mismas; él ha empapelado sus habitaciones con bandos de las autoridades locales y provinciales, cuadros de los días en que se pagan las contribu-

ciones y relación de los locales en que esto se verifica.

Su exageración en el cumplimiento de los preceptos autoritarios es tal, que paga la contribución de perros por tener uno disecado en el gabinete, y todos los años, desde hace unos cuarenta, viene presentándose en la alcaldía de su distrito para acreditar que él corrió la suerte de soldado el mismo año en que Isabel II fué declarada mayor de edad.

Una mañana sorprendí al buen D. Diego altamente preocupado por haber caído en sus manos uno de los ejemplares del interrogatorio sobre los terremotos, publicado por la comisión del Mapa geológico; pero no se limitó á preocuparse, sino que cogiendo un papel de marca se apresuró á ir respondiendo á las preguntas.

He aquí el borrador de D. Diego:

"Dia en que ocurrió el primer movimiento perceptible. No me acuerdo bien, pero ya lo averiguaré.

Hora. Según los periódicos, á eso de las nueve; según el tachuelero del portal, á las ocho.

¿Hubo varias sacudidas? Parece que no.

Horas en que ocurrieron. ¡Si ya he dicho que me parece no las hubo!

Dirección de los movimientos. De S. á N.

¿Se han repetido los terremotos? ¿En qué días y horas? Esto es difícil de contestar. En la tertulia de la coronela, y estando echando los años el día 31, Miguelito se inclinó de repente sobre la izquierda y se cayó casi sobre Matildita. Esto, caso de proceder de un movimiento subterráneo, debió ocurrir á cosa de las once, porque ya estaba dando cabezadas toda la plana mayor de la tertulia. El domingo último, al anochecer, vi también que tuvieron que ser socorridos por los agentes de orden público varios ciudadanos que se cayeron al suelo al salir de un almacén de vinos, y oí que alguien dijo al verles:

—¡Terremoto!

Efectos que han causado en los edificios. Según los corresponsales de periódicos y las noticias oficiales, los dichos efectos no han podido ser más funestos: como que han arruinado las casas. Dejaré sin contestar algunas de las preguntas que siguen, pues la orientación de los muros que quedan en pie y la dirección de las quiebras son de difícil contestación: compraré, sin embargo, *Los Sucesos* y *Las Ocurrencias* para ver cómo las pinta el dibujante.

¿Hubo subidas del suelo, derrumbamientos, deslizamientos ó hundimientos en el terreno? Mis observaciones personales son poco importantes

en este punto: me parece, sin embargo, que en el cerrillo de San Blas falta mucha tierra, y que en los cerros de arena de San Isidro cada vez va habiendo menos. En cambio, cada vez me van pareciendo menos profundos los verte-
deros de la Villa.

¿Qué fenómenos experimentaron las personas y los animales? ¡Ah! Ya recuerdo: en la noche del terremoto me dió un amigo un sablazo de diez reales, y la gata se comió los filetes acabados de separar de la lumbre.

¿Hubo ruidos subterráneos? Al pronto creí que sí: después he sabido que pude confundir esos ruidos con un aria de bajo que cantaba el vecino del principal.

¿Qué sucedió en las fuentes? No lo sé, pero algo debió ocurrir porque aquel día no me trajo el aguador la correspondiente cuba.

¿Se han desprendido gases en algún sitio del término? Indudablemente sí...."

Aquí llegaba mi vecino D. Diego en sus contestaciones al Cuestionario, cuando mi presencia le interrumpió en su trabajo.

—Mire V.—le dije,—esa laboriosidad es muy laudable, pero de resultados poco prácticos. Si todos los vecinos hicieran lo mismo, los comisionados del Mapa geológico acabarían por volverse locos y la ciencia no lograría

resultado alguno. Más natural, más humano y más prudente es, que el medio real que se gasta V. en papel y tinta se lo eche en el bolsillo, y cuando los estudiantes le asedien en demanda de socorros para las víctimas se lo dé sin vacilar.

—Pero, amigo mío, medio real...

—Medio real es pan para un pobre y la respuesta al interrogatorio no es nada.

1885.

XIV

LA EPIDEMIA

Un violín con una sola cuerda, un solo consonante en una composición larguísima, un cuadro pintado con un solo color... Esto viene siendo Madrid desde hace tiempo.

Ninguna variedad que pueda contribuir á la belleza; ninguna voz que rompa la monotonía de las otras en este concierto colérico.

¿Sale uno á la calle? El olor de los desinfectantes municipales nos advierte desde luego que si hay autoridades que vigilan, hay también riesgos que nos acechan.

¿Escucha hablar á los transeúntes? Pues el tema no varía nunca:

—Fué invadido al llegar de Aranjuez.

—Las ropas han sido quemadas y el domicilio acordonado.

—Y ¿cuántos casos ayer?

glamentarios de poder socorrer á los asociados, la formación de juntas por distritos, el arbitrio de fondos y otros puntos no menos interesantes. Después se levantó un joven y entusiasta médico para hacer constar que él, como todos los profesores adscritos á la sociedad, estaba dispuesto á prestar incondicionalmente sus servicios á los literatos y artistas que se vieran convertidos en casos. Después se levantó un farmacéutico y ofreció gratis las medicinas. Después habló un señor eclesiástico ofreciéndose á asistir en su agonía á todos los moribundos de la sociedad.

Después... después salí escapado del local, porque me parecía ya estar viendo levantarse á otro individuo para decir:

—Yo, enterrador de oficio, daré sepultura con mucho gusto á todos mis apreciables consocios.

Todo esto será muy tranquilizador; pero mientras que la ciencia tire de un lado y deje otro al descubierto; mientras nos diga una eminencia que no hay cólera, sino fiebres palúdicas, y conteste otra que no solamente hay cólera, sino que es de la peor índole que se conoce; mientras un micrógrafo nos diga que las bacterias quedan muertas á poco que se las quiera mal, y otro proclame la inmortalidad

de las mismas aunque se las someta al baño que destruye los más poderosos y fuertes metales; mientras que los hombres más eminentes en las ciencias médico-farmacéuticas se dividan hasta en las cuestiones insignificantes, y veamos políticos hablando de medicina y médicos haciendo política; mientras la noticia de ayer se niegue hoy, y el experimento aplaudido hoy deba ser negado mañana, los ignorantes asistimos temblando al espectáculo y pedimos á Dios que no nos ponga en el caso de tener que sufrir las consecuencias del desprestigio en que ha caído desde el año último todo el protomedicato español.

Hoy es imposible tratar de todo asunto sin que en seguida se tropiece con el tema del día.

—¿Ha subido la Bolsa?

—¡Ya lo creo! Como que la Academia de Medicina duda de la existencia del cólera de la región valenciana.

—¿Va V. á veranear?

—Veremos: si la epidemia no lo impide.

—¿Y dónde pasó V. el verano último?

—Pues en un lazareto.

—¡Buena hembra esa que pasa!

—A propósito de hembras: el Dr. Ferrán ha descubierto y clasificado perfectamente á la hembra del bacillus; es verde y retorcida.

—¿Ha visto V. esos cordones que están de moda?

—¡Qué! ¿Volvemos á la moda de los cordones sanitarios?

—Pero, hombre, esa frase debe escribirse entre comas.

—¡Jamás! Desde que las comas dan el cólera, no las uso.

—¿Y V. cree que vendrá el cólera á la calle del Gato?

—Es posible; ayer se registró un caso en la calle del Perro.

—Pues los periódicos dicen que ha muerto José García.

—¡José García!

—¿Le conoce V.?

—Ya lo creo: era mi zapatero.

—Hombre, no; José García es un estudiante.

—¡Qué ha de ser estudiante!... Es un vago de profesión.

—Es un prestamista sobre viudas y huérfanas.

—Milagro será que mañana no diga *La Correspondencia* que se han presentado en su redacción setenta ú ochenta Josés Garcías para hacer constar que están buenos y sanos.

—Hombre, este otro muerto era conocido mío: estaba en el último grado de tisis.

—Y este otro padecía una aneurisma; se conoce que el cólera ataca principalmente á los que de todas maneras habían de morirse.

—Y que la vacuna no sirve, es evidente: un soldado había sido vacunado en Valencia, vino á Aranjuez y murió.

—¡Hombre!...

—Se cayó al río por culpa de su caballo, al llevarlo á beber.

En el hogar:

—Mujer, ¿cociste el agua?

—Toda la mañana está encendida una hoguera debajo de la tinaja.

—Mira que la que bebí con el chocolate me pareció llena de microbios.

—Serían las pavesas y chispas de la hoguera.

—¿Has colado el caldo de la sopa?

—Sí, toda la sustancia ha quedado encima del colador.

—¿Y los garbanzos?

—Esos venían ya de la tienda pasados por un cedazo muy tupido.

—¿Y la carne?

—Me pareció un poco pasada y la eché á la gata.

—¡Bendito sea Dios que nos permite comer un buen cocido!...

—Conviene que no recibas á Fulanito en casa—decía hoy una previsora tía á su sobrina.

—¿Y por qué?

—Porque he sabido que pasea por la Casa de Campo... y ya sabes que en aquel estanque, según el Gobierno, hay vírgulas y microbios.

—Pero, tía, si es mi novio y vamos á casarnos.

—Que éntre entonces; pero siquiera que le fumigue la criada en la antesala. Toda precaución es poca.

.....
Decididamente, es cosa de encerrarse en casa y no ver ni hablar á nadie.

¿Cómo ir á saludar á un viajero?... ¿Y si es el viajero del Ganges?

¿Cómo preguntar á un estudiante cuántos son los casos de la declinación sin que pueda sospecharse que ya hay casos de la enfermedad?

¿Cómo manifestarse uno colérico por cualquier ofensa sin que las autoridades le aislen inmediatamente?

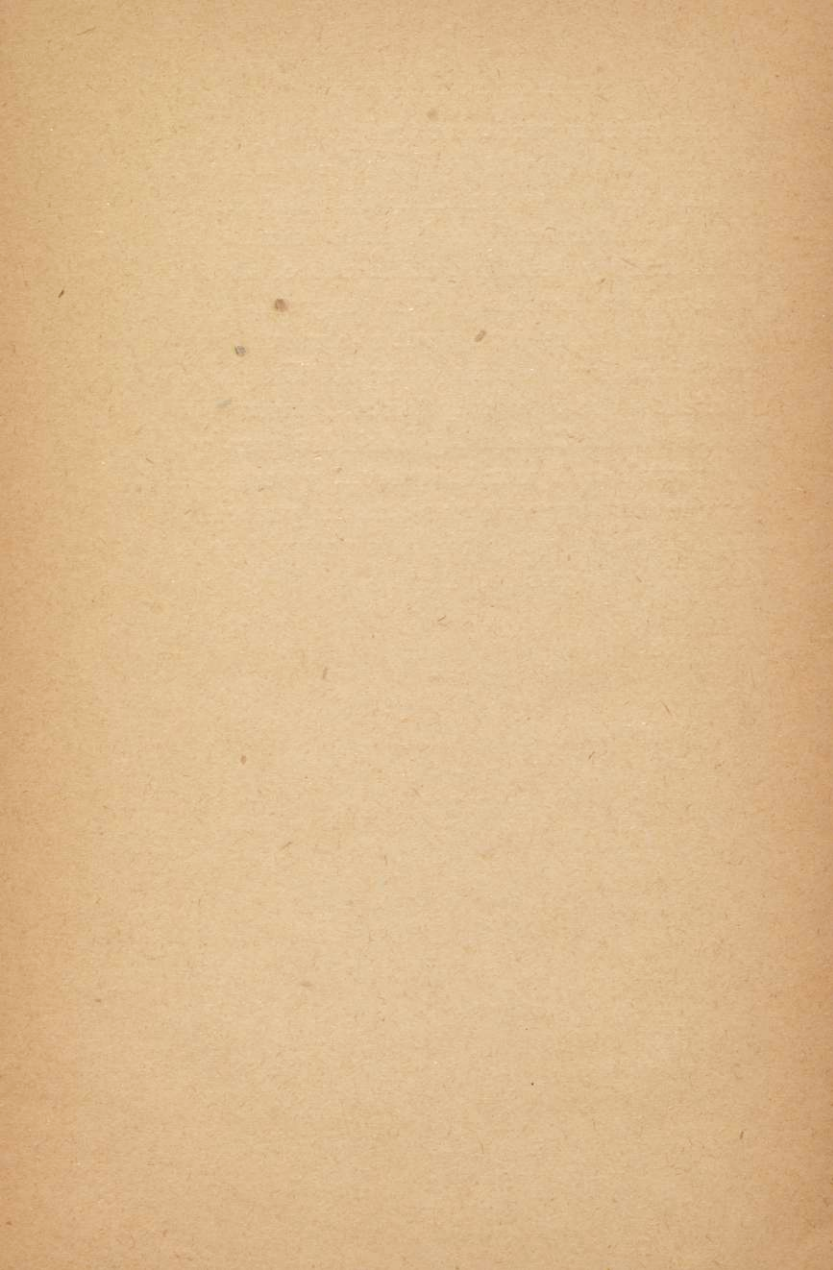
¿Cómo ir á cualquier pueblo del Mediodía sin que á la vuelta le pongan á uno á secar en el cerro de los Angeles?

Como á la sombra de las más laudables tentativas, como la del médico valenciano, no faltan nunca imitadores que todo lo empeque-

ñecen, nada de particular tendría que sorprendiéramos el siguiente *monólogo de un arbitrista*:

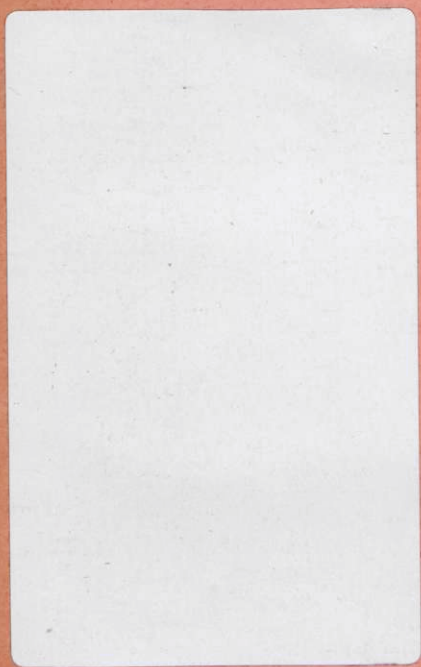
„La ocasión es oportuna: mañana lanzo la idea de la inoculación de la fiebre amarilla, de la ictericia y del tifus, utilizando el sistema directo de la transfusión de la sangre. Es posible que así logre fama y que se abra una suscripción nacional en mi obsequio. Un par de periódicos que sean muy leídos... cuatro discursos en las Cámaras, y habilidad para que me proteja cualquier banquero... y después... Porque ello es preciso: las botas no pueden tirar más, y con este gabán ruso no voy á poder resistir los calores del verano.»

1885.



ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO.....	5
I.—Miasmas cadavéricos.....	13
II.—El hombre venenoso.....	19
III.—Leyendo la prensa.....	25
IV.—Falsificaciones.....	31
V.—La lengua.....	35
VI.—Nacimientos y defunciones.....	39
VII.—Desperdicios.....	45
VIII.—Decálogo de la salud.....	51
IX.—Descanso del corazón.....	55
X.—Pronósticos atmosféricos.....	59
XI.—Peso del cuerpo.....	63
XII.—Bajo cero.....	69
XIII.—Fenómenos geológicos..	75
XIV.—La epidemia.....	85



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pesetas

Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX. —Segunda edición.—Un tomo en folio, encuadernado en tela.....	25
Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol. Segunda edición	2
Cuadros de género	2
Romances de ciego	1
Moral infantil. —Tercera edición.....	1,50
Lecturas de la infancia	1
Album infantil. —Segunda edición, encartado	1,50
Cartas á un niño sobre la Economía política. —Segunda edición.....	1,50
Novísimo Diccionario festivo. —Tercera edición.....	1,50
Romancero de Nuestra Señora de Atocha. Tercera edición.....	1
La República de las letras.	2
Un país fabuloso	1
Progresos y extravagancias	2
Ensayos poéticos. (Agotado.)	
Bocetos y borrones. (Agotado.)	
Odas y baladas. (Agotado.)	

EN PRENSA

Libro de Madrid y advertencia de forasteros.

Los pedidos, Duque de Alba, 6 y 8, principal, Madrid.